

LA MAGIA DEL ENCANTO

La revista *Argensola* nació hace casi setenta y cinco años, en 1950, como órgano de expresión del recién inaugurado Instituto de Estudios Oscenses —hoy Instituto de Estudios Altoaragoneses—, y de ello se hizo eco el subtítulo de la publicación. Al ser la primera y la única revista del centro durante más de treinta años, abarcaba todo tipo de disciplinas, según escribió en su momento Federico Balaguer: desde la economía hasta las obras de creación, aunque los temas de historia e historia del arte siempre fueron los más frecuentes. En la década de los ochenta, con el impulso de, entre otros, Agustín Ubieto, se repartieron contenidos entre revistas especializadas —*Bolskan* (1983), *Alazet* (1988) y *Lucas Mallada* (1989), y más tarde *Anales*, de la Fundación Joaquín Costa, adscrita desde 1991 al IEA— y *Argensola* quedó bajo el epígrafe *Revista de Ciencias Sociales* (1989). Ahora, desde este número, y para que exista mayor coherencia entre nombre y contenido, *Argensola* es *Revista de Historia, Arte y Patrimonio*.

Si decimos que, actualmente, *patrimonio* es todo o casi todo, no descubrimos nada. En la medida en que la Unesco y otras organizaciones internacionales y nacionales involucradas en su protección y su salvaguarda han reflexionado sobre el concepto de patrimonio han puesto bajo la cobertura de este término un creciente número de bienes. Además, los requisitos de las declaratorias están sujetos a revisión. La famosa Lista de Patrimonio Mundial nació en 1972 con el objetivo de preservar lo único, lo excepcional o, al menos, lo sobresaliente de la naturaleza y la cultura, una finalidad no conforme por completo con la visión actual del patrimonio, entendido como un conjunto de bienes específicos de diferentes hábitats y procesos culturales, todos ellos esencialmente diversos y valiosos. Si gran parte de la humanidad sufrió en 2001, por señalar solo un caso, con la destrucción de los Budas de Bāmiyān en el Afganistán central, el sentimiento

común de pérdida no debería ser menor cuando, por ejemplo, desaparece un idioma en un recóndito lugar del planeta tras ser relegado durante generaciones.

Para hacer honor a ese patrimonio plural que nos representa a todos, inauguramos el cambio de nombre de *Argensola* con una “Sección temática” donde el patrimonio inmaterial y el material van de la mano, como suele suceder. En 2023 el Museo de Huesca ha cumplido sus primeros ciento cincuenta años de vida y las emblemáticas Noches Mágicas del IEA —creadas por iniciativa de Bizén d’o Río en 1997— han celebrado su vigesimosexta edición. No es esta una cifra demasiado redonda, pero sí significativa porque han sido las últimas coordinadas por Ángel Gari Lacruz, que asumió esta responsabilidad en 2000 como director del Área de Ciencias Sociales. De alguna manera, reunir bajo un mismo epígrafe celebraciones tan distintas nos obliga a hacer un ejercicio semejante al planteado con el término *patrimonio*, de ampliación e inclusión. Así, la primera parte de este apartado, titulado “La estela de lo sobrenatural”, rinde homenaje a las Noches Mágicas.

Hasta hace muy poco tiempo el mundo que habitamos era un lugar donde lo sobrenatural y la realidad —o “lo sagrado y lo profano”, en palabras de Mircea Eliade— estaban perfectamente imbricados. Gerard Romeu Coscolla estudia *las tres defensas*, es decir, otras tantas formas de protección simbólica de la casa altoaragonesa, a partir de la investigación que ha llevado a cabo en el valle del Isábena. La *casa* era mucho más que una construcción, y su protección no estaba enfocada solo a garantizar su sostén y su resguardo físicos. Diferentes elementos incorporados a los inmuebles y vinculados a determinados rituales trataban de proporcionar la seguridad necesaria en el ámbito espiritual. La súplica final del padrenuestro, “líbranos del mal”, generó en Ribagorza, como estudia Gabriel Sanz Casanovas, una serie de *oraciones* que se han transmitido oralmente hasta la actualidad. Son fórmulas *mágicas* que involucran muchos credos y sirven para atender las necesidades cotidianas más perentorias: curar enfermedades de personas y animales, proteger el ganado, localizar objetos extraviados, castigar al ladrón o incluso alejar las almas en pena. Allí donde las fuerzas y las capacidades del hombre no eran suficientes, no se apelaba solo al favor divino tal como lo permitía la Iglesia, sino también a fórmulas mágicas difíciles de recuperar porque quienes las conocen se resisten todavía a compartirlas, en parte por superstición y en parte, seguramente, por un temor heredado. No era para menos.

A partir de la documentación contenida en el Archivo Histórico Provincial de Huesca y en el Archivo Diocesano de Barbastro, Carlos Garcés Manau y Sergio

Domper Sánchez estudian una caza de brujas llevada a cabo en seis localidades del Somontano de Barbastro a comienzos del siglo xvii. Tras ser aprobado el desafuero correspondiente, la mayor persecución se produjo en Pozán de Vero en 1601, donde se acusó de brujería a ocho mujeres —de las que al menos dos fueron ajusticiadas— y un hombre. No sabemos por qué delitos concretos se les encausó porque los juicios no han llegado hasta nosotros, pero probablemente se les culpó de ciertas desgracias ocurridas en la comunidad, ya que se atribuía a las brujas y los brujos la capacidad de causar daño con sus maleficios y sus hechizos. Los condenados a muerte —por paradójico que pueda parecer tratándose de personas supuestamente afectas a Satanás— muestran en sus testamentos gran preocupación por la salvación de sus almas.

La segunda parte de la “Sección temática” no se desvía mucho de esos asuntos. En el Museo de Huesca, como explica Paula Canales Mesa, se conserva la colección de arte egipcio más importante de Aragón gracias a dos oscenses de adopción, los coleccionistas Gabriel Llabrés —dueño de unas piezas entregadas a principios del siglo xx— y Joaquín Lizana —quien hizo donaciones desde 1975 hasta 2020, año de su fallecimiento—. Las diferentes piezas estudiadas por Paula Canales son amuletos de pequeño tamaño utilizados para la protección de los vivos y para garantizar el bienestar después de la muerte corporal. Por supuesto, una de las preguntas que suscitan los objetos egipcios de colecciones particulares es su autenticidad, y ayuda a despejar incógnitas el estudio de un importante grupo de piezas del Museo de Huesca de muy diversas procedencias —de acuerdo con su origen ibero, romano, medieval o egipcio— realizado por María José Arbués Gracia, María Alonso Lescún, Silvia Abad Villarroja, Pablo Martín Ramos y José Antonio Cuchí Oterino con un equipo portátil de fluorescencia de rayos X. La espectrometría permite conocer la composición de las obras y, afortunadamente, los datos que arroja sobre los objetos correspondientes son compatibles con que “las piezas procedan de Egipto y sean auténticas”.

A continuación, el “Boletín de noticias” presenta tres estudios sobre nuestro patrimonio tangible e intangible. Gonzalo Fontana Elboj aprovecha la magnífica información proporcionada por la *Encuesta del Ateneo* de 1901 para dar a conocer una práctica relacionada con la *covada* y conservada en la montaña pirenaica en el siglo xix para celebrar la fertilidad del varón después de que su mujer dé a luz. El culto informante, el médico de Tamarite de Litera Víctor Torrente Cosín, relata la tradición “en un pulcro latín” por no atreverse a poner por escrito las palabras utilizadas en una ceremonia de alto contenido sexual en la que participaba un grupo de mujeres de la

comunidad. A continuación, Sergio Domper Sánchez informa de un posible rayo globalar caído en la ermita de la Virgen de Viña de Adahuesca en el verano de 1616. En su cuidado estudio destaca la interpretación dada en la época a este hecho: la Virgen, como buena madre, cuidó a su Hijo, pues los corporales o lienzos sobre los que se colocan en el altar los objetos litúrgicos de la eucaristía salieron indemnes, y también protegió a sus devotos, ya que ninguno de ellos resultó gravemente lesionado, aunque la iglesia quedó maltrecha por el impacto. Finalmente, Joaquim Pisa Carilla narra la visita que realizó el 15 de junio de 2023 a la cartuja de las Fuentes acompañado por José Miguel Pesqué Lecina, a manera, como dice el autor, de “viaje al rescate de un tesoro aragonés y universal”. Desde que en junio de 2015 la Diputación Provincial de Huesca adquirió el conjunto arquitectónico, se han llevado a cabo —hasta 2017— un rescate de emergencia para frenar su avanzado estado de deterioro y, tras el paro derivado de la pandemia, otros trabajos destinados a recuperar espacios tratando de respetar su estructura original, así como su importante patrimonio mueble, en el que destacan las pinturas de fray Manuel Bayeu que representan la vida del fundador de la orden, san Bruno. Como dice la propaganda promocional, ahora el espacio de la cartuja está “abierto por obras”.

La “Sección abierta” recoge cuatro estudios. En el primero, María Dolores Barrios Martínez dirige la mirada hacia las mujeres que ocuparon cargos civiles de importancia durante los siglos XII y XIII. Se refiere en concreto a las *tenentes*, que regentaban con autoridad, administraban y defendían una casa nobiliaria cuando quedaban viudas o cuando sus maridos se ausentaban a causa de las guerras, y las *dominas*, es decir, aquellas que gobernaban castillos con sus términos por ser sus legítimas herederas o por ser beneficiarias de las dotes entregadas por sus maridos, y que empezaron a documentarse cuando las primeras comenzaban a desaparecer, a finales del siglo XII. Una mujer hispanorromana del siglo IV, de nombre Egeria, escribió uno de los primeros relatos conservados sobre la peregrinación a Tierra Santa. En época medieval, Santiago de Compostela fue la meta del importante camino devocional que vertebró el actual territorio europeo. Como explica Gemma Grau Gallardo, uno de sus múltiples ramales pasaba por Sariñena: dejaba atrás Cataluña y alcanzaba el monasterio de Sijena para llegar a Zaragoza por la sierra de Alcubierre o al santuario de Salas remontando el río Flumen. En el término municipal de Sariñena se conservan todavía construcciones propias de una infraestructura creada y mantenida para devotos caminantes: la ermita de Santiago, situada junto al puente de San Jaime, sobre el Alcanadre,

y el hospital de Santa María, con su cementerio y su nevero. A estos hitos materiales hay que sumarles las tradiciones, pues, al parecer, un peregrino llevó a la localidad la reliquia de san Antolín, quien desde entonces fue reconocido como patrón.

Las motivaciones religiosas son esenciales para justificar un gran número de viajes y desplazamientos anteriores al siglo XVIII, pero no tanto como las razones de tipo económico y comercial. Un equipo interdisciplinar compuesto por José Antonio Cuchí Oterino, Javier Vecino Soler, Juan José Generelo Lanaspá, Almudena Bollaín Covarrubias y Ana Ortas del Río estudia el importante abastecimiento de grandes árboles destinados a la fabricación de mástiles y otras piezas navieras para la Marina española en el siglo XVIII. A partir del XVII se suspende el suministro de madera procedente del Báltico, en manos de comerciantes holandeses de credo protestante, y se intenta sustituirlo por el de pinos y abetos del Pirineo aragonés y navarro. No obstante, una serie de problemas (bosques esquilmados, transporte en navatas o almadías por ríos difíciles de navegar hasta Tortosa) determinaron que a partir de 1750 la Marina borbónica volviera a depender del Báltico para su aprovisionamiento. El estudio se completa con el resumen de un manuscrito del siglo XVIII sobre Laspuña, una población situada a orillas del Cinca que tradicionalmente ha vivido de la extracción de madera. La relación de la localidad con el monasterio de San Victorián, su historia y sus linderos, sus fuentes, sus ríos, su flora y su fauna, son temas que sirven de pretexto para dar a conocer costumbres, tradiciones e incluso sucesos extraordinarios.

Muchas construcciones medievales o renacentistas trataron de modernizarse en el ilustrado siglo XVIII, aunque buena parte de los planes ideados entonces no pasaron de ser dibujos sobre el papel. Conocemos, gracias a la investigación de Javier Martínez Molina, los gravámenes desviados y las cargas impuestas por las autoridades religiosas y civiles de Fraga para ampliar la iglesia parroquial de San Pedro. La tarea fue encargada al zaragozano Agustín Sanz (1785-1786), el más famoso arquitecto aragonés de su época. Sin embargo, ni siquiera se conocen sus trazas porque debieron de desaparecer consumidas por el fuego en el incendio que sufrió el antiguo palacio de la Diputación del Reino de Aragón a finales de enero de 1809, durante el segundo asedio napoleónico de Zaragoza. Y, si los archivos de instituciones públicas son susceptibles de daños y pérdidas, la conservación de archivos particulares solo puede calificarse de excepcional. David Pardillos Martín da a conocer el archivo de Casa Manolico (familia Ramón) de Sena, compuesto por cuarenta documentos fechados entre 1764 y 1970 y recientemente digitalizados. El conjunto revela muchos hechos vividos por la familia a lo largo

de dos siglos, y también algo que los usos de la tierra permitían suponer: que el varón primogénito fue el heredero de la casa durante seis generaciones continuas.

Por último, solo me resta agradecer a todos los que han participado en esta nueva entrega de *Argensola* su importante y necesaria contribución y cerrar con una reflexión de Joaquim Pisa sobre la cartuja de las Fuentes. En su opinión, el inmueble es hoy “un tesoro cultural que revive desde las casi cenizas en las que se hallaba y se ofrece como un patrimonio cuyo interés desborda los límites altoaragoneses y regionales para proyectarse como un bien colectivo cuyo disfrute pertenece a todos”. La recuperación del patrimonio tanto material como inmaterial a través de su rescate, su posterior estudio y su interpretación puede dar una nueva vida a lo que ya casi se había perdido. Quizás por eso, en lugar de *La magia del encanto*, habría sido más adecuado titular esta presentación *La magia del patrimonio*.

M.^a Celia Fontana Calvo
Directora de la revista *Argensola*